

la misma inducción, cuyos resultados conservan siempre un carácter hipotético, y el escepticismo tiene que aparecer con su cortejo de deplorables consecuencias en todas las esferas de la actividad humana. Esto es lo que aparece á cada paso en las obras de Mill, de Bain y de Spencer. En cuanto á las teorías políticas que nacen del positivismo, recuérdense los principios absolutistas de Comte, que en este punto fué el más consecuente consigo mismo. Positivista y liberal son términos que se contradicen, como se contradicen la fuerza y el derecho, el hecho consumado y la justicia, la fatalidad y el libre albedrío. Podemos, pues, establecer que el positivismo, como toda doctrina sensualista, degrada al hombre nivelándole con el bruto, y conduce necesariamente al escepticismo, al materialismo, al ateísmo, al egoísmo y al despotismo. Ahora bien, una doctrina que tales frutos produce, puede y debe ser considerada como profundamente perniciosa para la juventud, cuya educación intelectual y moral debe ser objeto de especial atención y cuidado en una sociedad que prepara seriamente el bienestar de las generaciones futuras.

J. M. VIGIL.

REVISTA DE PERIODICOS.

México, Noviembre 1.º de 1882.

El primer artículo del estudio que venimos haciendo sobre las *Nociones de lógica* del Sr. profesor Ruiz, no ha sido del agrado de este señor, y nos ha contestado con tal motivo en la *Libertad* del día 7 del pasado, señalando los defectos de método y de lógica en que según su ilustrado parecer hemos incurrido, y fijando ciertos hechos y ciertas cuestiones que se ligan estrechamente con la cuestión actual. Confesarémos con toda ingenuidad que nunca creímos que nuestros pobres y desaliñados conceptos merecieran la aprobación del Sr. Ruiz, ni mucho menos nos hemos lisonjeado con llevar tal fuerza de convicción á su espíritu que confesase de plano los errores de la escuela cuyas doctrinas profesa; nuestro objeto es obrar en el ánimo de los lectores imparciales, poner ante su vista los peligros de esa llamada filosofía, que á pesar de sus exajeradas pretensiones no ha prestado todavía ningún servicio efectivo al progreso intelectual ó moral de la humanidad; hé aquí todo. En cuanto al Sr. Ruiz, vendrá más tarde la reflexión, se calmarán las pasiones, sobre todo, el amor propio que tan poderoso es en los jóvenes de imaginación ardiente; la razón acabará por sobreponerse á las preocupaciones que en su espíritu ha engendrado la enseñanza positivista, y entónces por sí solo, y sin necesidad de ningún estímulo exterior, modificará sus ideas, adquirirá nociones más exactas sobre la verdadera filosofía, y verá que no es el positivismo esa maravilla á la que hoy rinde el ferviente culto de su entusiasmo. Abrigamos esta esperanza por el buen concepto que nos merecen el talento y laboriosidad del Sr. Ruiz; pero entre tanto tenemos que resignarnos á disgustarle con nuestros trabajos, limitándonos á aguardar que no obstante su poquísima importancia, atraerán su atención hácia ciertos puntos cuyo estudio apresurará el resultado que tanto deseamos.

Desde luego nuestro artículo carece de razones y de justificación á los ojos del Sr. Ruiz; parece que con una de esas dos cosas bastaba; en seguida, encuentra defectuoso el método que hemos adoptado porque no está conforme con el que supone mejor, y á este fin nos da de paso una lección sobre lo que *debíamos* haber hecho. Oigamos al maestro: "Hasta los ménos conocedores de la ciencia, hasta los ménos habituados á cuestiones prácticas, saben perfectamente que el camino que se *debe* seguir al analizar un libro, al formular un juicio acerca de una obra, es el siguiente: 1.º considerar el fin que se propone el autor y 2.º *valorizar* (otros dirían *valorar*) los medios empleados para llegar á aquel fin. Respecto al primer punto, una vez determinado el fin, *debia* averiguar científicamente si tal fin es bueno ó malo y en consecuencia darle su aprobación ó negarla. En cuanto al segundo punto, cuyo análisis se subordina á la consideración del primero, *debia* averiguar si esos medios conducen ó no, á aquel fin, si son todos, si falta alguno, si alguno ó algunos contienen errores ó falsedad, etc." El Sr. Ruiz con su perspicacia natural previó que podíamos contestarle "que se pueden seguir diversos caminos para analizar un libro;" mas repone luego: "Es verdad, pero no es ménos exacto, que todos los caminos son buenos y que precisamente el acierto está en saber elegir." ¿Y por qué no es bueno el camino que elegimos? Porque nos limitamos "á estudiar la primera parte, que respecto á toda la obra es pequeñísima y de escasa importancia." Tenemos, pues, que según el Sr. Ruiz no hemos seguido el mejor camino para analizar su obra, esto es, examinar el objeto que se propuso y los medios de que se valió, porque sólo hemos estudiado la primera parte.

Nuestro ilustrado censor nos permitirá que en cambio de las sábias reglas que nos aconseja, le recordemos otras, sin las cuales las primeras no valen nada, y que más que por la ciencia, son dictadas por el sentido común. Esas reglas son: 1.ª antes de censurar un escrito es preciso leerle en su conjunto; y 2.ª para que la censura sea razonada es menester comprender lo que se combate. Ahora bien, ¿ha hecho esto el Sr. Ruiz? Notoriamente no, como diría su señoría; porque juzga de todo nuestro trabajo cuando apenas hemos publicado el primer artículo, y porque no conociéndole, malamente puede comprender el objeto que nos proponemos, ni fallar magistralmente sobre si hemos cumplido ó no con dicho objeto. Por lo demás, si el Sr. Ruiz se hubiera tomado el trabajo de reflexionar un poco antes de escribir, habría hallado que en nuestro primer artículo no hemos ido tan descaminados, pues de él resultan fijados con toda claridad el objeto positivista de su obra, y los medios de que se valió para realizarlo. Convenimos en que la primera parte es pequeña, pero no de escasa importancia filosófica, pues en ella se encuentran consignados los errores fundamentales del positivismo, tomados de las escuelas sensualista y empírica, y para hacer desaparecer toda equivocación, debíamos precisar el valor que en el sistema del Sr. Ruiz se da á ciertas palabras que se prestan á muy diversas interpretaciones.

Ha causado gran sorpresa al Sr. Ruiz, ver que todo nuestro artículo "se funda en un sofisma notorio é impasable." El sofisma consiste, según aquel señor, en que hemos expresado "que todos los pensadores positivistas son malos," y "que todo lo que forma la obra publicada es tomado de los autores positivistas." Nuestro ilustrado crítico ha su-

co como dice *La Libertad*, ó no es filosófico como afirma el Sr. Ruiz? Mientras los peritos resuelven esta cuestión veamos de qué manera trata el Sr. Ruiz la parte histórica del negocio: "Los profesores de la Escuela Preparatoria, no una, sino dos veces, han reprobado la obra de Tiberghien. . . ." Dispense usted, señor doctor, los profesores de la Escuela Preparatoria no han reprobado ni una ni mucho menos dos veces la obra de Tiberghien; pues ¿qué es lo que ha pasado? Infórmese usted y lo sabrá; nosotros lo hemos dicho ya *dos veces*, y no creemos que haya necesidad de repetirlo. Si tuviéramos el órgano de la pedagogía un poco desarrollado, entraríamos aquí en extensas consideraciones sobre el deber en que está todo escritor que narra hechos, de averiguar su verdad y exactitud; pero como no acostumbramos dar consejo á quien no nos lo pide, nos limitamos á consignar la rectificación respectiva, y pasamos adelante. El Sr. Ruiz sigue discutiendo sobre la base falsa de que la obra de Tiberghien ha sido reprobada porque los profesores mencionados "la juzgan totalmente inadecuada para servir como texto en el 5.º año de los estudios, eminentemente científicos, de la Escuela Preparatoria. No la han juzgado como obra filosófica, sino que la gran mayoría del profesorado, con su honradez característica y su criterio científico, ha desechado la obra porque es del todo inadecuada para una escuela tan importante." El Sr. Ruiz dice en seguida que tanto el director como un grupo de profesores de la Preparatoria le encargaron la obra que ha escrito, lo cual no ha dejado de sorprendernos respecto del primero, puesto que el señor director ha manifestado ideas contrarias al positivismo como lo indica el grande empeño que tomó en el cambio que se hizo sobre este particular; y por último, despues de señalar la marcha que sigue la enseñanza en la referida escuela, termina fijando el carácter que debe tener la lógica, reducida á la síntesis de los estudios hechos separadamente. Esta opinion coincide con la de Littré acerca de la filosofía, opinion distinta enteramente de la profesada por Stuart Mill, y nos llama la atención que el Sr. Ruiz se separe en un punto tan importante de la rama positivista que parece seguir de preferencia. Sea de esto lo que fuere, ese divorcio, ó mejor dicho, antagonismo que se pretende establecer entre las ciencias y la filosofía, es una consecuencia forzosa del sistema que reduce todos nuestros conocimientos á la esfera de lo sensible, lo que viene á confirmar el concepto de que el positivismo en vez de filosofía, es la negación de toda filosofía. La verdad es que esta cuestión tal como la quiere limitar el Sr. Ruiz, entra de lleno en el terreno filosófico, y viene por lo mismo á destruir lo que ántes ha afirmado, y si á esto se agregan las inevitables consecuencias á que arrastra el positivismo al eliminar todo conocimiento suprasensible, se verá con plena claridad, en contra de lo que establece dicho señor, que la cuestión indicada afecta directamente á todas las creencias y á todos los principios, tanto en el órden religioso, como en el moral, social y político. Por lo demas, deseáramos saber de qué manera llegan á formarse "recto corazón y sinceros principios liberales" por el estudio de las matemáticas, de la astronomía y de la historia natural.

Hemos procurado contestar cada uno de los puntos que toca el Sr. Ruiz en su artículo; el lector imparcial decidirá si hemos conseguido el objeto que nos propusimos, por grande que sea la pena que nos cause disgustar á nuestro inteligente adversario.

J. M. VIGIL.

BIBLIOGRAFÍA.

NOCIONES DE LÓGICA ARREGLADAS POR EL PROFESOR LUIS F. RUIZ,

III.

En los artículos precedentes hemos fijado con toda exactitud dos cosas: el carácter positivista de las doctrinas contenidas en la primera parte de la obra del Sr. Ruiz, y las consecuencias erróneas que se deducen de ellas, lo cual basta por sí solo para demostrar su falsedad. Esa primera parte es la más pequeña, pero también la más importante del libro, porque en ella se fundan los errores que trascienden á la lógica, como luego veremos, y esto hará comprender al lector la razón que tuvimos para dedicar á las "Nociones de Psicología" un exámen que á primera vista pudiera parecer demasiado extenso. Siguiendo el orden establecido por Bain, comienza el Sr. Ruiz por la deducción, que es definida en los términos siguientes: "La deducción consiste *esencialmente* en hacer ver, que un caso ó un pequeño grupo de casos, están comprendidos en una *generalización previamente establecida*." Esta definición, derivada directamente del principio que encierra todos nuestros conocimientos en los datos de los sentidos, y no admite por lo mismo más que la base empírica de la experiencia, viene á fijar el verdadero significado que los positivistas dan á la deducción, que no es en realidad sino una inducción transformada, como ya otras veces lo hemos dicho. Hay, en efecto, que comenzar por los casos particulares, se procede luego á la generalización para ver en seguida si un caso determinado está comprendido en esa generalización. Así vemos que Stuart Mill establece esta proposición: "*Todas las ciencias deductivas son inductivas*," que explica de esta manera: "El exámen de la naturaleza de la evidencia de estas ciencias deductivas, consideradas comunmente como sistemas de verdades necesarias, nos ha conducido en el capítulo precedente, á las siguientes conclusiones. Los resultados de esas ciencias son sin duda necesarios, en cuanto que proceden necesariamente de ciertos primeros principios llamados axiomas y definiciones; es decir, que son ciertamente verdaderos, si lo son esos

frido aquí una doble equivocación, y su sorpresa por lo mismo, no tiene razón de ser. En primer lugar, no hemos dicho que todos los pensadores positivistas sean malos; si tal idea nos hubiese ocurrido, al punto la habríamos desechado, recordando que el Sr. Ruiz, pensador positivista, es una excelente persona. En segundo lugar, tampoco hemos dicho que todo lo que hacen aquellos pensadores sea malo, como pasa á afirmarlo el Sr. Ruiz, citándonos con intención de confundirnos las lecciones de astronomía de Comte y la Economía política de Mill; pues nunca podríamos calificar de malas, por ejemplo, las curaciones acertadas que efectuase el Sr. Ruiz ó cualquiera otro de los pensadores positivistas que ejercen la noble profesión de la medicina. Por último, tampoco hemos dicho que se ha "condensado en el libro de que se trata, todo lo hecho por los positivistas," pues hemos indicado, por el contrario, las lagunas y supresiones que hizo el Sr. Ruiz en su primera parte, así como ciertas añadiduras que dejan su texto ininteligible. Resulta de esto, que aquí, como en lo anterior, tomó el Sr. Ruiz sus ilusiones por la realidad, maravillándose en seguida de su propia creación y empeñándose en ver proposiciones generales en donde no las hay ni siquiera particulares, lo cual no deja de ser raro en un autor de lógica.

Dice el Sr. Ruiz:

"El Sr. Vigil extraña mucho que en el principio del libro, al referirme al Espíritu, solo lo caracterice por su contraste con la materia, y no me detenga en definirlo y tratar todas las cuestiones importantísimas á que su estudio puede dar lugar. Si el Sr. Vigil se hubiera colocado al analizar la obra, en el importante lugar que le correspondía, se hubiera evitado esta sorpresa. En efecto, ¿qué fin se propone alcanzar el libro que escribí? Se propone enseñar la Lógica; luego esta materia y no la Psicología, constituye su objeto fundamental. Señalé algunos hechos de Psicología, porque son indispensables para el aprendizaje de la Lógica; y como solo necesitaba dejar apuntado lo rigurosamente indispensable para la inteligencia de la Lógica, no me detuve ni á considerar, ni á intentar resolver valiosísimas cuestiones psicológicas: dejé terminantemente consignada la fundamental diferencia entre el espíritu y la materia, según los dictados de la ciencia y esto bastaba á mi propósito."

Parece que el Sr. Ruiz no ha expresado aquí todo su pensamiento, y nos permitirá por lo mismo que nos tomemos la libertad de completarle. Bien sabíamos que lo que teníamos á la vista no era un libro de psicología sino de lógica, y nunca esperamos ni podíamos exigir en las nociones que examinábamos un extenso tratado de la primera ciencia; pero hemos creído, salvo el mejor parecer de nuestro inteligente crítico, que por breves que fueran las "nociones de psicología," por reducidas que estuviesen á lo estrictamente indispensable para entrar con buen éxito en el estudio de la lógica, no impedía esto dedicar dos ó tres líneas para establecer de una manera positiva el concepto que el autor se hubiese formado del espíritu. La verdadera razón para que el Sr. Ruiz guardase silencio sobre esta importante cuestión, es que en su escuela no se sabe lo que es el espíritu, que no se le da existencia sustancial y que se le confunde por lo mismo con el cuerpo, lo cual no es más que el materialismo en propios términos. Difícil es hacer sobre estos puntos tratados más extensos que los de Mill, Bain y Spencer, y

sin embargo, en estos autores hallamos el mismo silencio, ó mejor dicho, la misma negación del Sr. Ruiz, lo cual prueba evidentemente que nada tiene que ver en esto lo más ó menos largo de las "Nociones," y que al haber fijado con exactitud dicha cuestión, nos colocamos precisamente en el lugar que nos correspondía para deshacer una de tantas confusiones que con la mayor destreza se ha procurado crear en este negocio. Pero para que no se crea que obramos de mala fe, metiéndonos en el campo de las suposiciones gratuitas, atribuyendo á nuestros adversarios ideas y opiniones que no abrigan, excitamos al Sr. Ruiz para que nos conteste categóricamente si admite al espíritu como sustancia distinta del cuerpo, y si acepta en consecuencia la espiritualidad del alma y su inmortalidad. Ya antes nos dijo la *Libertad*, hablando de la obra del Sr. Ruiz, que *no hay una sola de las creencias espiritualistas que no deje en pie su autor*; pues bien, dígnese el autor contestar á la interpelación que le hacemos para ver hasta qué punto es exacta la afirmación del periódico positivista.

El Sr. Ruiz continúa: "Una parte de su artículo la consagra el Sr. Vigil á hacer ver, que mucho de la fracción de la obra que analiza, lo he tomado de la obra de Bain; esta es la verdad; pero el Sr. Vigil no debía haberse limitado á solo eso, sino á probar que la parte tomada era mala, eso no lo hizo, y *desgraciadamente para él ni puede hacerlo*. En este asunto el criterio está formado por la ciencia, que sanciona lo que traduje, no porque sea de Bain, sino porque es *verdadero y bueno*." Aquí tiene el Sr. Ruiz el inconveniente de no dejar que la gente acabe de hablar para contestarle. En la parte publicada nos redujimos á hacer constar que su obra es positivista, indicando su legítima filiación, y parece que conseguimos nuestro objeto, pues que el mismo autor lo reconoce. En cuanto al carácter de la teoría positivista, el Sr. Ruiz se expresa como partidario convencido, ó más bien como sectario fanático, puesto que ni siquiera concibe la posibilidad de refutar esas doctrinas calificadas nada menos que de *buenas y verdaderas*. Ya hemos dicho que no intentamos persuadir al Sr. Ruiz, y le dejamos por lo mismo en la pacífica posesión de su creencia; continúe, pues, llamando verdadero y bueno, lo que á los ojos de la sana razón es falso y erróneo; únicamente le invitamos á que examine el artículo que ahora damos á luz; que vea si el positivismo conduce á las consecuencias allí establecidas, y nos diga en seguida con su genial franqueza si el escepticismo, el materialismo, el ateísmo, el despotismo, etc., son doctrinas *buenas y verdaderas*. Este es el medio de que la sociedad en general sepa á qué atenerse sobre esa sapientísima filosofía, y acabe de reconocer la necesidad de formar la base de la educación intelectual y moral de la juventud.

Viene en seguida el Sr. Ruiz contándonos que no es cierto que haya en la Escuela Preparatoria discusión filosófica alguna, ni mucho menos que ese debate sea entre el positivismo y el espiritualismo; que lo que en realidad hay es una cuestión científica importantísima, y que los hombres *de corazón y pensamiento* deben contribuir á resolver en favor del progreso nacional y según los principios de la ciencia. Antes de todo, sería conveniente que los positivistas se pusiesen de acuerdo para no contradecirse mutuamente. No hace mucho que ese mismo periódico hablaba en tono dogmático de "la lucha entablada entre la secta de Krause y la positivista;" ahora viene saliendo el Sr. Ruiz con que no hay ninguna discusión filosófica, ni mucho menos entre el positivismo y el espiritualismo. ¿En qué quedamos, pues? ¿Hay debate ó no hay debate? ¿Ese debate es filosófi-